

AVANZADOS DE ATENEO

1

La luz eléctrica iluminaba el escrito y caldeaba el ambiente. La carta abierta estaba bañada por el tono anaranjado de la bombilla.

—No lo veo, señor presidente. No lo veo... —masculló el científico.

La capacidad y agudeza de Nikola Tesla estaban fuera de toda duda. Pero también sus desvaríos y sueños imposibles. El presidente Wilson se levantó y empezó ir de un lado a otro con paso pensativo y las manos a la espalda. ¿Era posible que Tesla hubiese conseguido dar con el arma definitiva? En la misiva, el eminente inventor aseguraba que su ingenio sólo podría ser usado con fines defensivos. Aun así, si realmente consiguiesen construir aquel llamado *Rayo de la Muerte*, ¿cómo no aprovechar su increíble poder para otros fines? La posesión de aquél arma del futuro alzaría a América a una situación privilegiada de dominio mundial. ¿Cómo resistirse a realizar de ella un uso autoritario? El presidente meneó la cabeza. De nada valía pensar en aquellos términos si el arma no era más que un concepto imposible dibujado en papel.

—Lo siento, señor presidente —dijo el científico, mientras se levantaba del sofá y dejaba una copia de la carta sobre una mesilla—. Estos bocetos explican la fabricación del arma, sí, pero el poder del que hace gala es imposible. Ni con toda la electricidad que alumbra a los estados se podría conseguir poner en funcionamiento tan singular artefacto.

—Pero... —replicó dubitativamente el presidente Woodrow Wilson—. Mi estimado doctor, el señor Tesla afirma haber encontrado una fuente de energía inimaginable al alcance de la mano. Una fuente de la que sólo él tiene constancia, y que espera poder aprovechar en beneficio propio en los siguientes días.

—Con todos mis respetos, señor presidente, pero también afirmaba el irrefutable

correcto funcionamiento de su Torre Wardenclyffe, y por todos es bien sabido el estrepitoso fracaso de tal empresa.

—Razón no le falta, doctor. Razón no le falta... —contestó el presidente con el ceño fruncido.

Varios minutos pasaron en los que ninguno de los dos hombres dejó escapar palabra alguna. El científico esperaba pacientemente de pie, en silencio, mientras que el presidente americano continuaba su meditabundo paseo. Al final, con un firme asentimiento de cabeza, Woodrow Wilson fue a su escritorio, se sentó de nuevo en el sillón, abrió un cajón e introdujo la carta de Nikola Tesla en él.

—Gracias por su inestimable colaboración, doctor.

—A su servicio siempre —contestó el científico, inclinando de la cabeza.

—Daré orden de que redacten una contestación formal pero firme acerca del llamado *Rayo de la Muerte*. Nada hará el gobierno en aras de este supuesto ingenio hasta que el eminente Nikola Tesla pueda demostrar que la fuente de poder inagotable no es mero fruto de la imaginación desbocada de su anhelante mente.

—Sabia decisión, señor presidente.

—Puede retirarse, doctor. Y no mencione este asunto a nadie.

—Faltaría más.

El científico se despidió del presidente y abandonó el despacho, alimentando en el interior de su alma el deseo de creer a Tesla y contemplar tal fuente de energía. ¿Cuántas maravillas podrían ingeniar con aquel poder? Un escalofrío de placer académico recorrió el cuerpo del científico.

2

—¿Así que quieren pruebas? —preguntó Tesla con una sonrisa firme en el rostro—

. Sea así pues. Tendrán las malditas pruebas —afirmó mientras se levantaba del escritorio y abría un armario para coger su bolso de viaje—. Siempre igual —comenzó a mascullar—. No se fían nunca de nada de lo que les digo. ¿Y qué si les he puesto la electricidad en la mano? Siempre desconfían. Siempre dudan. La maldita torre me va a marcar el resto de mis días. ¡Pero la torre está bien! Solo necesito calibrar los instrumentos, afinarlos. Se piensan que la ciencia es un simple...

—Pero, mi querido Nikola —interrumpió el hombre que estaba sentado en el sofá del estudio de Tesla—. ¿Cómo piensa demostrar el funcionamiento de su arma?

—¡No es un arma! —replicó el inventor, enfurecido—. Maldita sea, no es un arma... ¿Por qué le llamaría *Rayo de la Muerte*? Tendría que haberlo nombrado *Haz de la Fortuna*. Pero claro, quién haría caso a un ingenio con ese nombre... Malditos políticos de miras cortas.

—Bien, pido disculpas. No es un arma —el amigo del Tesla sacó una pipa del bolsillo, la vació en un cenicero, la llenó de tabaco fresco, la encendió y chupó vivamente. Densas volutas de humo danzaron ante su rostro—. Aun así, queda en el aire la cuestión fundamental del asunto. ¿Cómo piensa demostrar su buen funcionamiento? O mucho me oculta usted, señor inventor, o puedo afirmar que no está en posesión de tan magnífica fuente de poder. ¿Me equivoco?

—No señor, no se equivoca en lo más mínimo —el rostro de Nikola volvió a lucir una sonrisa firme—. La energía del futuro no está en mis manos, ni en las de ningún humano, he de añadir. Pero sí que se encuentra en este nuestro planeta, mi querido amigo —alzó el brazo izquierdo a media altura y extendió la palma hacia el techo—. Al alcance del conocedor de su existencia.

—Y usted es sabedor de dicha existencia, por supuesto.

—Por supuesto.

—Y de su localización exacta, claro.

—Claro.

—¿Y cómo es, mi inestimable amigo, y si me permite la indiscreción, que solo usted, de entre todos los habitantes de la Tierra, conoce la localización de tan exclusiva fuente de energía?

—Casi por casualidad, he de confesar —el bolso de viaje estaba lleno, y Tesla se palpaba los bolsillos de la chaqueta y los pantalones—. Historias extrañas se contaban en aquella zona. Historias de fenómenos poderosos imposibles. Pero créame, estimado amigo, cuando le digo que está ahí, en una región remota del mundo, custodiada por los seres más insospechados.

—¿Custodiada por seres? —el interés del amigo de Tesla se despertó, y este se incorporó en el sofá con el ceño fruncido—. ¿No querrá, señor inventor, saciar la curiosidad de este su amigo y desvelar la procedencia de esos supuestos seres custodios?

—No son supuestos, mi escéptico compañero —replicó Nikola, deteniendo las idas y venidas y encarando a su interlocutor—. Y no quiero que mi fama de excéntrico locuelo se vea alimentada más de lo que está, lo siento —se acercó al hombre y le puso las manos en los hombros—. Pero créame cuando le digo, compañero, que su procedencia es el descubrimiento más maravilloso con el que la humanidad ha tenido a bien de dar en toda su existencia pasajera.

3

El hombre del mono rojo escribía números, fórmulas y ecuaciones decididamente; los ojos no se apartaban del dispositivo. Las pupilas estaban rodeadas de finos ríos de rojo palpitante; los globos oculares de hinchadas ojeras. De vez en cuando soltaba una maldición, borraba algún dato con un golpe violento del dedo y volvía a empezar. Perladas

gotas de sudor conquistaban la frente.

El hombre del mono azul lo miraba desde otra mesa. Repasaba los informes redactados por ambos acerca de las principales personalidades del planeta; figuras fundamentales para el desarrollo de la humanidad. Intentó discernir el rumbo que tomaría aquella sociedad atrasada de bárbaros luchadores. Si le preguntaban, toda aquella misión interminable carecía de objeto alguno. *Jamás alcanzaran el Umbral Evolutivo*. No podían permitir que saliesen de su hogar. *Qué desperdicio de planeta*. Tanta riqueza convertiría a otra sociedad en una de las principales de Ateneo, la comunidad de seres inteligentes de la Vía Láctea, pero no a aquella. *Y el estúpido de mi compañero no lo ve*.

—¡Ajá! —exclamó el hombre del mono rojo—. Ya lo tengo —dijo volviéndose a su compañero—. Dos siglos y cuatro relevos. Ni más ni menos. Y entonces podremos actuar —el hombre del mono azul mostró su desacuerdo con un bufido despectivo—. No me crees, ¿eh? Pues está todo aquí, en los datos. No pasará mucho tiempo hasta que podamos revelarnos —concluyó con satisfacción.

—Ya, claro... como cuando dejaste que Tesla descubriese la base, ¿no?

—Ya estamos —replicó su compañero con desdén—. Siempre tienes que volver a lo mismo, ¿no? Siempre tan negativo.

—Lo que tú digas.

—No fue para tanto, joder.

—No, que va —replicó el hombre del mono azul con mofa.

—No sabía que estuviese observando.

—¿Y si vuelve a buscarnos?

—Tenemos sistemas de seguridad.

—Sí, pero no infalibles. Bastantes problemas tenemos ya con las historias locales que se cuentan acerca de nuestros experimentos.

—Es inevitable.

—Y predecible. Pero de ahí a dejar que precisamente Tesla viese el despliegue de energía que tenemos aquí...

—Bueno —replicó con enfado el hombre del mono rojo—. Déjalo ya, ¿no? No podemos hacer nada al respecto, y quizás incluso haya sido bueno.

—Sí, ha estado de puta madre —contestó con cinismo el hombre del mono azul.

—No seas así. Quizás hemos conseguido espolear su imaginación y adelantar unas cuantas décadas descubrimientos fundamentales para que alcancen el Umbral.

—Y una mierda. Tesla va a venir, acuérdate bien de lo que te digo, y será culpa tuya.

—Pues que venga. Quizás sea la persona adecuada para invitarle a pasar y explicarle un par de cosas.

—Tienes que estar de coña...

El silencio invadió la estancia.

El hombre del mono rojo pensó en lo que acababa de decir. ¿Y si no era una idea tan descabellada? Había que reconocer que Nikola Tesla era uno de los personajes más fascinantes que habían tenido la oportunidad de observar. Y sus descubrimientos... Si había alguien capaz de soportar tal revelación, era sin duda alguna aquel inventor. ¿Y por qué no? Siempre habían estado al margen de las sociedades en desarrollo, esperando el momento adecuado para descubrirse. *Umbral Evolutivo*. ¿Quién había establecido aquel término? ¿Con qué derecho se fijaban las reglas para entrar en el Ateneo? *Que les follen*. Estaba harto de aquellas reglas estúpidas. Si su compañero tenía razón, y Tesla volvía a aparecer por aquellos bosques, saldría a su encuentro, le estrecharía la mano y le descubriría un mundo de nuevas leyes físicas y energía eterna. Miró de reojo a su compañero. Sonrió. Después de su revelación a Tesla se cambiaría el modo de hacer las cosas, y sería recordado por toda la eternidad como el *avanzado* que renegó del manual y ayudó a aquella sociedad planetaria a salir del hogar.

El hombre del mono azul pensó en lo que su compañero acaba de decir. Tras unos minutos, se levantó y se dirigió a su cuarto, cerrando tras de sí la puerta. No era la primera vez que su colega mostraba ideas inquietantes. La estancia prolongada en aquel planeta había afectado negativamente a su conducta. *Seguro que pone en peligro la operación.* Abrió el terminal de entrelazamiento cuántico y contactó con sus superiores, exponiendo las dudas acerca de su compañero y los hechos pasados. Esperó una respuesta. Si era sincero consigo mismo, no sentiría lástima alguna en abandonar aquel planeta de bárbaros. Lo único que le molestaría sería contemplar el trabajo de parte de su vida destruido en un segundo, pero daba igual. Era joven y capaz. Seguro que le mandaban de *avanzado* a otro planeta. Uno dominado por una sociedad menos violenta y peligrosa. Un leve pitido sonó en el terminal. Leyó con detenimiento la respuesta y suspiró. *Tantos años de trabajo perdidos...* Una verdadera lástima.

4

El hombre del mono rojo observó la pantalla y sonrió. *Mi querido Tesla.* Hombre tenaz donde los haya, allí estaba, de nuevo paseando por los bosques de Tunguska, buscando conocimiento. *Y se lo voy a dar, vaya que sí.* Cuando vio que su compañero entraba en la estancia, se inclinó sobre la pantalla, ocultándola.

—Nos vamos —dijo con severidad el hombre del mono azul.

—¿A dónde? No hay salidas programadas —si tenía que salir en aquel momento con su compañero, perdería la oportunidad de hablar con Tesla.

—Solo una.

—No tenía constancia —comprobó el dispositivo—. Aquí no pone nada.

—No vamos a hacer trabajo de campo. Nos vamos a casa.

—¿A casa? ¿De qué demonios hablas?

—De demonios no. De órdenes —el hombre del mono azul pulsó unos botones y un mensaje apareció en el dispositivo de su compañero—. Tenemos que destruir la base y volver a casa. Ateneo estudiará si merece la pena mandar más *avanzados* a este planeta de mierda —cruzó los brazos sobre el pecho—. Sinceramente, espero que no.

El hombre del mono rojo estaba desconcertado. Tras unos segundos de acelerados pensamientos, abrió los ojos de par en par.

—Tú... ¡Tú has hecho esto! Tú y tu maldita rigidez.

—Vamos, no seas crío. Aquí no tenemos más que hacer.

—¿Que no...? —miró alrededor, furioso. Se levantó de la silla, encarando a su compañero—. ¿Que no tenemos nada que hacer? ¡Nos quedan mil cosas que hacer! ¡¡No hemos hecho más que empezar!!

—¿Pero qué...? —dijo el hombre del mono azul, observando la pantalla sobre la que había estado su compañero—. ¿Qué es eso? —preguntó, alzando un dedo acusador a la pantalla—. ¿Por qué no me has avisado?

Tesla, tengo que hablar con Tesla. El hombre del mono rojo se abalanzó sobre su desconcertado compañero, repitiéndose una y otra vez la necesidad de hablar con el inventor terráqueo, ajeno a la locura que se iba apoderando de él a pasos agigantados.

Al hombre del mono azul, el ataque de su compañero le pilló totalmente desprevenido. El impacto le hizo caer al suelo, y ambos *avanzados* rodaron por el suelo. Una furiosa lluvia de golpes cayó sobre él, mientras que en su mente una idea gritaba con fuerza. *¡Está loco! Tengo que salir de aquí. ¡Está loco!* Un puñetazo le impactó en la nariz, y el tabique se rompió con un chasquido. Una cascada de sangre comenzó a fluir.

—¡¡Tengo que hablar con Tesla!! —gritó enfurecido el hombre del mono rojo.

Otro puñetazo impactó en la parte alta del estómago del hombre del mono azul. El aire escapó de sus pulmones. La idea gritaba con más fuerza. *¡¡Está completamente loco!!* Tenía que salir de allí. *¿Y si no lo consigo? ¿Y si se mete conmigo en la nave?* Unas

uñas arañaron su rostro, mientras que un espeso mechón de pelo era arrancado con violencia del cuero cabelludo.

—¡¡No me lo impediréis!! ¡¡Tengo que hablar con Tesla!! ¡¡Él lo entenderá todo!!

La fuerza de su compañero, espoleada por la locura, era demasiado intensa para él. *¡Oh, dios mío! ¡No voy a salir de aquí!* La claridad de la revelación le hizo bajar la guardia por unos segundos, y unos nudillos blanquecinos impactaron en su ojo derecho. Intensas luces aparecieron en el campo de visión. La estancia comenzó a oscilar convulsivamente. En medio del dolor y del pánico, el sentido del deber despertó gritando. *¡¡No puedo permitir que se muestre!!* Algo golpeó con dureza su rodilla, incrementando el dolor percibido hasta límites insospechados. La realidad golpeó su mente. *No voy a salir con vida de esta... No puedo permitirlo.* Soportando los golpes lo mejor que pudo, el hombre del mono azul comenzó a arrastrarse hasta su cuarto. Una sencilla orden en el terminal de entrelazamiento cuántico y todo habría acabado.

5

—Estoy seguro de que era por aquí cerca... —murmuró Tesla.

Andaba por el bosque de Tunguska, buscando el extraño edificio que discernió en su último viaje a la región. Extraños fenómenos brillantes carentes de explicación habían sido observados en la zona por los lugareños. Quizás simples fenómenos atmosféricos. Pero una vez encontrados y estudiados, sería posible iluminar su mente con alguna idea nueva. La imponente naturaleza era una fuente inagotable de inspiración. Jamás soñó que lo que encontraría fuese un ingenio imposible como aquel. Se detuvo y observó detenidamente los alrededores.

—Quizás me he desviado un poco...

Decidió desandar un trecho y elegir un camino diferente, tomándose el tiempo

necesario para meditar bien la dirección. Tenía que encontrar el edificio. O estaba loco de remate, o aquella estructura no pertenecía a la humanidad. No a la de su tiempo, al menos. *Y no estoy loco.* Un edificio de aquellas características no podía estar abandonado en medio de un bosque solitario. Sin atisbo de duda, se podía afirmar que dentro encontraría a fascinantes seres de otro tiempo. *O de otro planeta. ¿Por qué no?* Se detuvo de nuevo y observó.

—¿Puede mi afán desmesurado haberme perdido?

Una brillante luz apareció en la lejanía. Reptaba entre los troncos de los árboles bañando cada piedra, cada hoja, cada brizna con una claridad imposible. El cielo clareó hasta que fue de un blanco puro. Una excitación desproporcionada, con leves toques de miedo, invadió a Nikola Tesla. *¡¡Dios mío!! ¡¡Cuanta energía!!* Un ruido sordo, extraño, llegó a sus oídos. *La explosión.* Unas ondas graves, retumbantes, fueron creciendo en intensidad, acompañadas por cada vez más sonidos quebrados y agudos. *Madera partida...* Un repentino viento golpeó a Tesla, lanzándolo contra el suelo. Los árboles de alrededor empezaron a agitarse furiosamente, desprendiendo hojas y corteza al inusitado vendaval que se había desatado.

Al poco, el bosque empezó a recuperar su calma natural. Tesla, todavía sorprendido, se levantó y empezó a avanzar hacia el foco de la luz. Una lluvia de hojas seguía cayendo con parsimonia en el bosque. Tras unos minutos de avance temeroso, los árboles terminaron. Tesla aguantó la respiración, llevándose la mano al pecho. Una estampa apocalíptica se extendía ante él. Todos los árboles estaban en el suelo, con los troncos ennegrecidos orientados en la misma dirección. Cuando consiguió recuperarse, la curiosidad le obligó a avanzar por entre los cadáveres arbóreos y buscar la fuente de tan vasta destrucción.

Los árboles caídos se disponían en formación circular, y varias decenas de minutos pasaron hasta que Nikola Tesla llegó al centro de la gigantesca figura. Una vez allí, el

inventor miró desconcertado en todas direcciones. Se agachó y rastreó el suelo concienzudamente. Se incorporó y miró a los horizontes. Volvió a mirar al suelo y meneó la cabeza. Nada había allí. Ni un solo signo de explosión, aparte de los árboles caídos. ¡¡Dónde paraba su fuente de energía!! La desilusión empezó a aflorar en Tesla. ¿Qué ingenio podía provocar aquella catástrofe de proporciones bíblicas sin dejar huella alguna? ¿Qué había sido del extraño edificio? ¿Y de los ocupantes? Nikola se sentó en el suelo y frunció el ceño, esbozando con preocupación un futuro concreto.

—Como alguien me vea, me echarán la culpa... —musitó a los árboles caídos.

Planeta Tierra, 21-04-2011

Juanje López